

## III

## NUESTRA POLÍTICA AMERICANISTA

La reciente visita de los marinos argentinos y la noble contestación que ha dado á nuestro sincero y entusiasta recibimiento el Gobierno de la gran república Sud-americana, son hechos que importa considerar por la significación que tienen en punto á las relaciones entre España y sus antiguas colonias, convertidas hoy en pueblos de admirable vitalidad sustantiva, en naciones y Estados de luminoso porvenir en el camino de la civilización.

Todo el mundo está convencido de la necesidad de estrechar esas relaciones, cuya razón se funda en la existencia de algo verdaderamente esencia. común á españoles y americanos, en quienes—por muy diferente que parezca ser la dirección de ciertos órdenes de vida—alienta un mismo espíritu. Respondiendo esta creencia, vienen significándose, desde hace años, corrientes de aproximación manifiestas en hechos que no es preciso recordar menudamente.

Bastará traer á la memoria que, aun en los días luctuosos de nuestra guerra con los Estados Unidos, y no obstante la natural simpatía que muchos de

mócratas americanos sintieron por la causa cubana, no pocos supieron advertir el peligro que entrañaba un excesivo fervor yanqui, y separaron discretamente la cuestión política especial que se debatía entonces, del interés general de raza y de civilización, y aun de los mismos merecimientos de la antigua metrópoli. A este sentido respondieron escritos varios, como los periodísticos de Rubén Darío (1), las conferencias y discursos de Sáez Peña (2), Grousac (3), Tarnassi (4), Gómez Palacios (5), Solar (6), Oyuela (7) y más recientemente, los trabajos del Dr. Paulino Alfonso, del Dr. Pizarro, de D. A. Rodríguez Bustos—en su significativa crítica del libro de Burgess, titulada *Peligros americanos* (8)—, de Rodó, de Arreguine (9), de Zeballos (10) y otros.

Fijándonos particularmente en una de las cosas á que dan más importancia los pueblos americanos, la obra de su educación, fácil es notar que el una-

(1) Artículos citados en el cap. I.

(2) *España y los Estados Unidos*. Buenos Aires, 1898.

(3) *Idem id.*

(4) *Idem id.*

(5) *La raza latina.—La guerra de España*, etc. Buenos Aires, 1898.

(6) *La doctrina de Monroe y la América latina*. Buenos Aires, 1898.

(7) *Idem id.*

(8) Tomo I. Córdoba, 1899. V., por ej., páginas 11, 12 y 19.

(9) De Rodó y Arreguine se habla en otro capítulo de este libro.

(10) Art. *Hispania en la Rev. de Derecho, Historia y Letras*. Buenos Aires, Junio, 1900.

nime deseo de los hombres más cultos y más entusiastas por el mejoramiento de su país es, como ya en otra ocasión he demostrado, «hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura».

Y si del fondo de la vida intelectual pasamos á lo que muchos tienen por simple medio de expansión, al idioma (que es, sin embargo, cosa ligada íntimamente á lo más profundo del espíritu, como ya demostró Fichte), nótase igualmente el empeño con que los escritores americanos, desde los tiempos de Bello y García del Río, trabajan para mantener la tradición lingüística lo más pura posible, remontando de nuevo á la raíz de los idiomas modernos de ella nacidos, contribuyendo al estudio científico del castellano (en mayor escala, á veces, que los mismos españoles), y pretendiendo enriquecerlo con aportaciones nuevas, como se ve en las razonables iniciativas de Ricardo Palma y de Julio Calcaño, en parte coronadas con el éxito.

Pero el reconocimiento de esa solidaridad ideal que nos une por encima de las pasadas luchas, convirtiéndonos en colaboradores de una misma obra superior á todas las diferenciaciones nacionales y políticas, con ser un hecho tan acentuado y de tan consoladora significación, no debe hacer nos olvidar otro de inmenso atractivo y de irresistible elocuencia, que constantemente tienen ante sus ojos las repúblicas latinas americanas.

El ejemplo de los Estados Unidos es, hoy por

hoy, un obstáculo temible para la solidaridad que pretendemos establecer. Propenderán á él en lo político los demócratas, seducidos legítimamente por la historia de la gran federación del Norte y por el espectáculo de sus libertades civiles; lo buscarán como modelo los educadores, ganados por el esplendor y la perfección de sus centros de enseñanza, que con perfecta razón asombraron al ilustre Cajal y le hicieron prorrumper en alabanzas sin cuento; le pedirán inventos y libros los industriales y los hombres de ciencia, seguros de que ha de responder gallardamente á la demanda, y en algunos casos aventajando á la misma Europa.

Los hispano-americanos conocen sin duda el peligro que hay en todo esto. Pero la vida de los pueblos tiene exigencias fundamentales que no se pueden evitar y que buscan naturalmente su satisfacción allá donde mejores condiciones encuentran, á menos que una ceguera absoluta les lleve al suicidio; y las libertades, la cultura, el progreso material de los Estados yanquis serán siempre un señuelo poderoso para las naciones próximas que aspiren también á ser cultas, ricas, libres. En estas condiciones, «y por muy grandes y fuertes que sean el temor político de las repúblicas á ser absorbidas y el sentimiento de solidaridad respecto de España», la lucha es desventajosa para nosotros. Debemos reconocerlo así, y no embriagarnos con las huecas burbujas de un entusiasmo que pronto se desvanece. Si queremos unión con América,

fundémosla en bases sólidas y no en lirismos más ó menos brillantes. Vayamos de una vez y con ánimo resuelto al fondo de las cosas.

Y en primer lugar, comprendamos que la más fuerte garantía que podemos ofrecer á nuestros hermanos de América, es una franca política liberal. Ellos mismos lo dicen; y por bocas tan autorizadas como la de Ricardo Palma y Valentín Letelier, dos glorias de la literatura y del profesorado, dos inteligencias de gran peso en la América del Sur. Con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, nada quieren, porque sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas.

Temen los americanos que España no acierte á entrar de lleno en el camino de la verdadera libertad, en los hábitos de tolerancia de los pueblos cultos; y esto crea, aun en los hispanófilos mejor dispuestos, suspicacias y reservas en punto al establecimiento de una franca é íntima unión internacional.

Fúndase ese temor en la experiencia de nuestra historia contemporánea, sobre todo. El espectáculo de tres guerras carlistas y el injustificado retroceso producido en el orden político á raíz del desastre de 1898—en que la mayor derrota fué para la «España vieja» y los hechos dieron toda la razón á los radicales—, son sin duda argumentos de fuerza para los recelosos, especialmente si á ellos se une la terrible atonía y desorganización de los elementos demócratas españoles. Pero aun así, cabría hallar,

en el fondo de esos mismos hechos razones favorables á la esperanza de un porvenir mejor; ya que la circunstancia de hallarse hoy el carlismo imponente para todo lo que no sea agitar el país y levantar partidas que harían mucho daño sin duda, pero jamás podrían aspirar al triunfo, y la misma subsistencia del espíritu liberal en la masa, no obstante repetidos desengaños, traiciones, apostasias y halagos del positivismo conservador, son prueba de que el tronco tiene vida propia, tenaz, y que se puede confiar en su próximo reverdecimiento. Pero necesitamos demostrar á los hispano-americanos que esto, no sólo es posible, sino que lo procuramos con ahínco mediante una orientación francamente liberal, á la moderna, de las fuerzas políticas del país y de los poderes públicos, y haciendo imposible una nueva guerra civil.

Necesitamos también satisfacer plenamente los deseos que nos manifiestan en el orden intelectual; pero ¿cómo hemos de pensar en ejercer eficaz influjo sobre los americanos, en crear con ellos centros de enseñanza, si antes no reorganizamos los nuestros y nos decidimos á emplear en su mejora y en su difusión grandes cantidades de nuestro presupuesto, locamente derrochado en cosas menos útiles ó inútiles del todo? ¿De dónde sacaríamos hoy si se nos pidiera (y se nos pide á menudo), personal educativo, si la mayoría del que tenemos es malo, la minoría aprovechable es insuficiente para nuestra vida nacional y el Estado se empeña en no crearlo para lo

futuro, negándole medios de formación y de subsistencia?

Y aun en el orden económico, ¿cómo podremos, á pesar del indudable y pujante renacer de la industria, desarrollar en América las iniciativas del trabajo, si el Estado, que nada hizo para producirlas, se goza en desalentarlas y en oponerles obstáculos con un presupuesto que invierte los más de los ingresos en gastos impopulares, aumenta desordenadamente los tributos y protege los monopolios?

No nos hagamos ilusiones. América quiere estar con España, desea constituir con ella, «en un porvenir no lejano—como ha escrito Letelier—una fuerza semietnológica que contrapesa el influjo de las razas sajona y eslava y haga sentir su acción decisiva en los destinos del género humano»; verá con gusto virtualmente establecida en sus tierras jóvenes, «una hegemonía intelectual de España, que será, por cierto, más provechosa para el mundo que la simple dominación política»; mas para todo esto impone condiciones, y tiene perfecto derecho á imponerlas.

El poseer esas condiciones es obra nuestra puramente. Si queremos ir allá y ser para ellos lo que naturalmente debemos ser, no podemos presentarnos con las manos vacías. Son poca cosa nuestros buenos deseos, nuestra cortés hospitalidad, nuestros discursos y nuestros banquetes. Todavía peor sería ofrecer condiciones negativas, que repugnan al espíritu público de las naciones americanas.

## IV

## LATINOS Y ANGLOSAJONES.

En el capítulo anterior he citado dos libros recientes, de los señores Rodó y Arreguine, que prueban la existencia de una opinión contraria á la hegemonía yanqui en los territorios hispano-americanos, ó por lo menos, temerosa de que tal hegemonía traiga consigo males de importancia.

El primero de esos libros se titula *Ariel* (1), y su autor, D. José Enriqu  Rodó, es un notabilísimo literato uruguayo, catedrático de la Universidad de Montevideo. Por su parte, Víctor Arreguine es uno de los escritores argentinos que con más asiduidad y mejor preparación cultivan los estudios sociológicos, y en su nueva obra (2) discute *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*.

Aparentemente, nada de común hay en las páginas de Rodó y de Arreguine. Rodó, bajo la ficción de un discurso en que cierto venerable maestro se despide de sus discipulos, escribe un hermoso tratado de pedagogía aplicada, un precioso *sermón laico* á la juventud, que tiene todo el encanto y la trans-

(1) Montevideo, 1900.—141 págs. en 8.º

(2) Buenos Aires, 1900.—119 págs. en 8.º

cedencia de los últimos *Discursos* de Fichte. Arreguine se limita á rectificar, con alto sentido crítico y abundante alegación de hechos, el conocido libro de Edmundo Demolins *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*, hijo de un arrebatado entusiasmo, de una exaltada buena intención, que hacen incurrir al sociólogo francés en no pocas ligerezas, amén de la fundamental, relativa al método, que consiste en generalizar sobre un escaso número de datos, vicio común á todas las obras de Demolins. Pero un íntimo lazo une los libros de Arreguine y de Rodó y los hace coincidir en la resultante práctica de sus razonamientos. Uno y otro son, como ya hemos dicho, la expresión del espíritu latino-americano, que prevé los peligros de la absorción yanqui y protesta de la superioridad absoluta que á la civilización anglosajona prestan los que sólo ven el lado brillante de las cosas.

*Ariel* toca cuestiones referentes á lo más hondo y característico de nuestra representación intelectual en la historia, al espíritu clásico y europeo, espiritual y generoso, que constituye—á través de muchas torpezas, comunes á todos los colonizadores—, el legado valioso que España dejó á las naciones de América, el lazo inquebrantable que á ellas nos une, y el título con que podemos aspirar á su gratitud y á su simpatía; y es, juntamente, una obra literaria, una obra de arte cuya hermosura paladearán, de seguro, aun los que no acepten las doctrinas del autor, como los espíritus de verdadera cultura paladean los

*Didlogos* de Renan, aunque no compartan las ideas del admirable historiador de Israel.

Como obra de arte, no creo equivocarme al decir que *Ariel* está á cien codos sobre muchas producciones modernas de la literatura americana, y que es preciso recordar aquí á Valera, á Leopoldo Alas y á Menéndez y Pelayo en ciertos estudios, para hallarle superiores. La solemne elocuencia, que no cae jamás en afectación; la sobriedad viril que no daña, antes realza la vivacidad de la pintura; la elegancia majestuosa de las comparaciones y de los finales de período; la penetrante seriedad de la idea, que asoma constantemente, sin fatiga para el que lee, por bajo de la forma retórica, comunicándole una nobleza simpática y avasallante; la honda y bien sentada cultura que nunca se revela en inoportunas erudiciones, sino que acude siempre naturalmente, cuando hace falta, robusteciendo el vigor del razonamiento; todas estas y otras muchas condiciones artísticas del estilo, de la concepción, del orden en los pensamientos, hacen de *Ariel* una admirable obra literaria, llena de encantos y de sorpresas para todo lector de buen gusto.

Posible es que algunos españoles tradicionalistas del idioma, encuentren faltas en el vocabulario de Rodó, apuntando palabras formadas de diferente manera que en la Península. Si Rodó fuese español y aquí escribiera, podrían, en efecto, tachársele algunos neologismos; pero es necesario no olvidar que á los idiomas de América, aunque son hijos del cas-

tellano, hay que concederles— aun dentro del respeto al íntimo espíritu del idioma troncal— cierta independencia análoga á la que la misma Academia reconoce á los «provincialismos» de España (1). Después de todo, reconozcamos ó no esa independencia, ella se impone á título de fenómeno natural é irresistible, como se impusieron en la Edad Media (y aún con mayor motivo) las variantes regionales en la formación de los romances de tipo castellano. Si en un escritor español serían, pues, faltas aquellas que decimos, en un escritor americano no lo son, sino que arguyen respeto á las modalidades de su idioma nacional, que á primera vista nos hieren.

Mas si por este lado pueden los espíritus desconcertadizos poner tachas al casticismo de Rodó, habrán de reconocer todos que en las cualidades que más importan tratándose de una obra literaria, en lo más hondo y genuino del estilo y en la orientación del pensamiento, Rodó es castizo como pocos, castizo de una manera tan firme y substancial, que consuela y levanta nuestro españolismo, recordándole que no es factor inútil en las influencias de la cultura americana. Cítanse á menudo en las páginas de *Ariel* á Carlyle y Emerson, á Renan y Guyau; pero bien se ve que el alimento intelectual adquirido en el estudio de estos y otros autores extranjeros, ha sido asimilado á la manera española, y que con ellos se codean en la mente de Rodó,

(1) Véase el cap. VI de este libro.

aunque no los cite, frutos de legítima cepa hispana. Española es la serena gracia de estilo, que recuerda á Valera; española la preocupación ética y clásica, que hace pensar en Leopoldo Alas; española la vibrante austeridad de las máximas educativas, en que parece escucharse la voz elocuente, la grave y sugestiva amonestación de Giner, que espolea y refresca al propio tiempo con el aura de eterna juventud, don precioso de toda doctrina ideal y desinteresada. Mucho de nuestra alma moderna, de la que vale y de la que podemos ufanarnos, se traspareta en las páginas de Rodó, que es así, propiamente, de los nuestros, aunque no fuera exacto que hubiese recibido directamente las citadas influencias y otras análogas, con sólo haber coincidido en la resultante personal de sus lecturas y meditaciones, con el espíritu que caracteriza á los mejores de la minoría intelectual española.

Y por ser así, plantea Rodó el problema de la futura orientación ideal de los hispano-americanos, en términos que nos importa mucho considerar, no sólo porque coinciden con los que aquí señalan todos aquellos que se interesan por la salvación del genio de nuestra raza, sino porque fijan los deberes que á España toca cumplir en la obra de su expansión espiritual y ayudan á la empresa de restauración acometida por los verdaderos hispanófilos que, aquí y fuera de aquí, hace años se empeñan en reivindicar la gloria de nuestro nombre y en hacer que reverdezcan los únicos laureles de que debemos

enorgullecemos: los de nuestro espíritu generoso y levantado que, como Ariel, perduró siempre, aun en medio de las más pesadas esclavitudes impuestas por el grosero sanchismo, y que ha sabido retoñar por las resquebrajaduras del egoísmo brutal que lo cubre á veces, y que ahora mismo pretende ahogar. Ese Ariel que Rodó señala como tutor y guía de la juventud de su patria, oponiéndolo al utilitarismo sajón, es el nuestro; y colgados de su brazo debemos emprender el camino del mañana, juntamente con aquellos á quienes Rodó se dirige, sobre los cuales podemos invocar, sin arrogancia ni pedantería, el suave imperio que en las inteligencias ejerce la experiencia de una larga historia, de una tradición arraigada (á pesar de los vendavales que la combatieron) y de cierta paternidad en que, al fin y al cabo, por muchos que hayan sido nuestros errores, pusimos carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. A la juventud española importa tanto como á la de América, leer y meditar el libro de Rodó. Aun la que está ya empapada en los nuevos ideales—nuevos y viejos al propio tiempo—ganará con sentir sobre su alma el vivificante contacto de la atmósfera «de idealidad y orden, de noble inspiración en el pensamiento, de desinterés en moral; de buen gusto en arte, de heroísmo en la acción, de delicadeza en las costumbres» que simboliza el luminoso genio shakespeariano evocado por Rodó.

El libro de Arreguine toma, como hemos ya in-

dicado, rumbos diferentes para llegar á un mismo resultado útil.

Plantea su cuestión, no en vista de tales ó cuales ventajas temporales obtenidas por una raza considerada aisladamente, sino en vista de los supremos intereses humanos, ante los cuales toda superioridad lograda mediante el egoísmo y la explotación del prójimo, no puede llamarse *civilizada*, puesto que lleva en sí la anulación de toda otra clase de bondades; ya que el fondo y la consecuencia primera y más fundamental de la obra civilizadora, es la implantación de un régimen de justicia y de amor para todos los hombres. Guiado por este criterio, Arreguine examina multitud de hechos de la política internacional de los pueblos anglosajones, y los halla, con plena razón, contradictorios de aquellos principios, sin los que á nadie es lícito hablar de «cultura» y de «humanidad». Ciertamente es que muchas naciones latinas incurrieron—y aún incurren—en esos mismos defectos é injusticias; pero es indudable que nunca (España, por lo menos) han elevado á sistema procedimientos tales, ni se han excedido en ellos tanto como los anglosajones, cuyos alardes de humanitarismo y de civilización, cuyas acusaciones duras y arrogantes contra nosotros (como si ellos fuesen impecables ó menos pecadores), resultan así injustos y faltos de toda autoridad. Es lástima que Arreguine no haya completado la parte negativa de su estudio con otra positiva, en que examinase con todo pormenor, y con pruebas, las condiciones de supe-

rioridad que supone en los pueblos latinos, vistas las cosas con el criterio que el autor defiende y que nos parece exacto. Quizá algunas de esas condiciones que indica (págs. 114 y 115) no son completamente ciertas; pero todas ellas conviene mucho explicarlas, dándoles base experimental que convenga (1).

Si bien se mira, hay en el fondo de estas cuestiones de raza, un problema sociológico de carácter general, que importa resolver previamente; pero que la mayoría de los «anglómanos» descuida en absoluto. Nadie que no esté ofuscado por una patriotería gárrula, podrá negar, v. gr., la superioridad actual de la nación inglesa sobre la española en muchos elementos de su cultura y de su vida social; pero lo que hay que discutir es si, por esto sólo, el tipo inglés de civilización, tomado en el conjunto de todos sus actos y de todas sus ideas, debe ser el modelo para las instituciones y para la orientación de la vida española, y si, en general (como ya hemos visto que dice Arreguine), el ideal inglés puede ser el de la humanidad, habida consideración, no á

(1) El Sr. Arreguine es autor también de un interesante volumen de *Estudios sociales* (Buenos Aires, 1899), entre los que deben recomendarse, para conocer ciertos factores de la historia contemporánea interna de la república Argentina, los titulados *El suicidio*, *Nupcialidad comparada* y *Criminalidad infantil*. En las págs. 96-99 de este libro, hay una nota que contiene datos relativos al tema de la monografía que en el texto examinamos (política colonizadora inglesa).

los provechos temporales que de él sacan los individuos, sino á los eternos y elevados intereses de la especie.

Limitado el juicio del bienestar y de la superioridad á un pueblo ó á un hombre solo, sin tener en cuenta las relaciones con el resto del mundo, es muy fácil caer en error, porque, seguramente, la vida del egoísta que explotando á otros se ha creado una riqueza, en virtud de la cual disfruta grandes goces materiales é intelectuales, es superior á la de los explotados, seanlo por su debilidad, por su ignorancia ó por otra causa cualquiera; y aunque ciertamente le conviene saber al inferior por qué internas cualidades ha llegado á sobreponerse el egoísta, para cultivarlas él á su vez y evitar nuevas explotaciones, no tiene duda que los más elementales principios de la ética le prohibirán adoptar igualmente el sentido inhumano que dirigió la conducta toda del «superior». Repetidamente se ha dicho, por ejemplo, con aplicación á las reivindicaciones obreras, que si todo el fruto del socialismo hubiese de ser el cambio de una tiranía por otra, nada ganaba con ello la humanidad, y más valiera no haber empeñado en la lucha tantas energías y tanta sangre. Lo mismo puede decirse en punto á las substituciones de hegemonías entre los pueblos y los tipos de cultura.

Ni Arreguine niega las buenas cualidades de la educación anglosajona, ni Rodó las excelencias del carácter y la vida de los norteamericanos; pero uno

y otro ven, al lado de cosas aceptables y dignas de ser imitadas, tendencias y elementos erróneos y nocivos, por los cuales, ni puede acogerse ciegamente, ni tiene derecho á ser calificada *en absoluto* la «civilización» de los ingleses y de los yanquis de superior á la de los pueblos latinos. No es la primera vez, sin duda, que en lengua castellana se hacen semejantes reservas. Discutiendo los conceptos de la educación clásica y de la educación utilitaria, algún autor español formuló, hace años, ideas que llevaban igual sentido (1); pero al renovarse y reforzarse ahora por conducto de ingenios hispano-americanos, adquieren singular fuerza y especial interés para los españoles.

Los dos escritores citados ven en la tradición latina—á que pertenecemos y en la que, hasta cierto punto, representamos una dirección original—elementos que faltan en la anglosajona y que son indispensables para la verdadera educación humana; y sin duda nadie negará la posibilidad de que así sea, aunque de momento se halle decadente nuestra civilización, tanto respecto de las extranjeras, como de su propio abuelo. Precisamente por el hecho de la decadencia actual tiene más valor la reivindicación de los hispano-americanos.

«Gran civilización, gran pueblo en la acepción que tiene valor para la historia—dice Rodó—son

(1) Leopoldo Alas, en su *Discurso* de apertura del curso de 1891-92 en la Universidad de Oviedo.

aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero.»

Que hombres como Rodó y Arreguine crean, apartándose de la vulgar leyenda, que nuestra «melodía» y nuestro «legado» no se llaman incultura y ferocidad, es ya un gran triunfo y á la vez un origen de altos deberes que cumplir para España en relación con América.

Por boca de Rodó la juventud americana dice temer los peligros de una grandeza material vacía y de una civilización aparente ó preñada de peligros, y pide la predicación del «Evangelio de la delicadeza, de la inteligencia y del desinterés». Aquellos que crean posible ayudarles con las íntimas cualidades de nuestro espíritu y los frutos de nuestro propio esfuerzo, oigan las voces que de allá nos vienen, y dispónganse al trabajo. Nunca podrán hacer obra de mayor patriotismo.